

Emmanuel Mounier 60 años después

Inés Riego de Moine

Hace exactamente 60 años, el 22 de marzo de 1950 fallecía Emmanuel Mounier de un fulminante ataque cardíaco sin haber cumplido aún los 45 años. Fue el suyo un morir joven, un morir realizando el sueño de una vida entregada a la pasión por la persona desde el imperativo de la 'revolución personalista y comunitaria', lo que implicó concebir siempre el trabajo intelectual en alianza con el compromiso de la acción, las ideas al servicio de la formación y conversión personal. Recordar su figura, su temple y su obra 60 años después no es para nosotros una 'obligación', en el sentido lato del término, sino una necesidad de reconocimiento y de perplejidad por estas seis décadas en que, con menores o mayores altibajos, puñados ininterrumpidos de hombres y mujeres privilegiados venimos siendo tocados por su palabra y su luz, que nos permite convertirnos en antorchas vivas de la verdad para el recambio de las nuevas generaciones. La forja de una cultura de la persona, de una cultura que esté a la altura de su dignidad, de su deber y de su esperanza, es aún el gran desafío que seguimos sosteniendo los personalistas comunitarios del siglo XXI y vamos en búsqueda de quienes se sumen a ello.

Pocos meses antes de morir, Mounier se expresaba así en carta a J. M. Domenach: "Cuando hace seis años te dije sin habilidad 'hay que elegir', quería decir que hay que elegir entre una vida esencialmente orientada a la acción, que ciertamente carece de talla sin ninguna cultura, pero que está hecha de reacción inmediata al acontecimiento, de presencia múltiple y de improvisación más que de maduración interior, y la cultura vasta, obstinada y continua que exige nuestra función... El problema es asegurar esta cultura de fondo en el trabajo. Sé por experiencia que no siempre es cómodo, pero se logra. En primer lugar, hay que sacrificar cosas. A veces lo mejor". Las cosas no han cambiado esencialmente en el siglo nuevo, ni en estas latitudes del sur. La exigencia de verdad es exigencia de sacrificio, de postergar las propias urgencias, de ausentarse del individualismo egocéntrico que nos carcome por dentro y por fuera y hacernos presente al otro, al tú que antepone su rostro a la conciencia obligándonos a prodigarnos en el 'Adsum': "estoy aquí presente, aquí para ti". Como hemos advertido recientemente¹, para que la

nueva civilización que advenga sobre la Tierra se forje, por nosotros y a favor de un nosotros, por ti, por mí y por todos, sobre los pilares firmes del 'ordo amoris' -el orden del amor como principio constitutivo formal de la persona y del universo entero por ella esculpido-, éste debe hacerse conciencia reflexiva y encarnación vital en cada sístole y diástole, en cada inspiración y expiración...

Se trata, hoy más que ayer, de instalar en el corazón social una especie de 'ascética comunitaria', asida a los valores de la desposesión y la disponibilidad, que interrumpirá y cuajará en las voluntades convencidas y convertidas como aquello mismo que pretendía Mounier en su momento: una 'técnica personalista de los medios colectivos', cuya táctica "consiste en colocar en todos los órganos vitales, hoy bajo la esclerosis de la civilización decadente, los gérmenes y el fermento de una civilización nueva"². A partir lo cual se infiere, con lógica cordial, precisamente que:

-La 'civilización decadente' está a la vista de todos, basta con instalarse en la realidad de los empobrecidos, en las distorsiones axiológicas y en la locura cotidiana de la violencia para constatar su lejanía del ordo amoris esencial.

-Los 'órganos vitales' por donde debe fluir la sangre del personalismo son ahora los mismos ámbitos socioculturales y sociopolíticos, aquellos donde se inserta nuestra acción cotidiana y que exigen ser renovados en su raíz.

- Los 'gérmenes' y el 'fermento' somos nosotros mismos en cuanto profetas atentos a la palabra y mentores de lo mejor, pero advertidos de que nuestra meta será siempre el testimonio antes que el éxito. No es otra la tarea de hoy, aunque a distinción de aquella época, la nuestra se beneficia de muchos sembradores pretéritos y actuales que, a su medida y como han podido, con éxitos y fracasos compartidos, nos legan el fruto de su trabajo y su testimonio.

- La 'civilización nueva' será aquella cuyo precepto esencial, vertido en su modus vivendi, se adscriba de

inspirador del pensamiento personalista". En *Veritas, Revista de Filosofía y Teología*, Pontificio Seminario Mayor San Rafael, Valparaíso, Chile. ISSN 0717-4675, n° 20, Septiembre/2009, pp. 267-286.

2 Mounier, E.: *Movimiento al servicio del personalismo*. Ed. Sígueme, Salamanca, 2002, p. 535.

1 Vid. Riego de Moine, I.: "El 'ordo amoris' como principio

una vez y para siempre a lo que llamamos desde Wojtyla 'norma personalista', esto es: "La persona es un bien respecto del cual sólo el amor constituye la actitud apropiada y válida"³. La bien llamada 'civilización del amor' es su denominación perfecta.

Ante lo cual, surgen las preguntas obligadas que nos haría Emmanuel Mounier, si pudiera hablarnos: ¿Estamos hoy, como personas y como comunidad, sintiendo esta exigencia, esta fidelidad y este compromiso? ¿Estamos hoy los personalistas, decididos en mente y corazón, a dedicar muchas horas de nuestra vida a esta siembra aunque la fragilidad nos gane la partida, a perder cuanto debemos perder para ganar en credibilidad, en respeto, y en coherencia, tanto en la academia como en la vida, o mejor, en la academia de la vida? ¿Estamos hoy en condiciones óptimas y dispuestos para el diálogo en altura que debe insertarse en la pluralidad ideológica sin perder de vista la unidad en la verdad? ¿Podríamos hoy sostener encarnadamente junto con Mounier que el personalismo está hecho para los audaces, para los que se arriesgan a abismarse a su propia nada, sin seguridades de ninguna índole pero con la confianza absoluta de los que se sienten pisando firme el terreno de la verdad?

En suma, casi nada se nos pide desde esta escueta evocación de Mounier a seis décadas de su muerte: ser personalista es hacer de la pobreza la verdadera riqueza del corazón, heroísmo y santidad unidos en la suma desposesión de sí, donde saber, querer y hacer se funden en la conversión que lleva a la salvación personal y comunitaria, inserta en la nueva civilización del amor que la norma personalista exige. Porque así deberá escribirse programáticamente la historia humana por advenir, pues ¿qué otra cosa hará feliz al hombre en su marcha actual sino constatar con Mounier esta singular convicción?: "El reino en que creemos existe desde este instante, si yo lo acepto, como un fulgor que me rodea. Es la esperanza una virtud presente, una sonrisa en las lágrimas, una brecha en la angustia"⁴.



3 Wojtyla, K.: *Amor y responsabilidad*. Trad. de Jonio González y Dorota Szmidt, Ed. Palabra, Madrid 2008, p. 52.

4 Mounier, E.: *Revolución personalista y comunitaria*. Ed. Sígueme, Salamanca 2002.